

PRÓLOGO

Al oír el ruido, Seth se detuvo y se quedó mirando la puerta del apartamento dieciséis, como si pudiera ver a través de la teca revestida de una pátina dorada. Los ruidos habían comenzado justo después de bajar la escalera desde el noveno piso y cruzar el rellano. Al igual que las tres últimas noches, durante la ronda que realizaba a las dos de la madrugada.

Salió de sus ensoñaciones repentinamente y dio un rápido paso atrás desde la puerta. La sombra de su cuerpo larguirucho, reflejada sobre la pared opuesta, alargó los brazos como si quisiera sujetarse a un puntal. La imagen hizo que se sobresaltara.

—Joder.

Nunca le había gustado aquella parte de Barrington House, pero no era capaz de explicar la razón con claridad. Puede que fuese demasiado oscura. Puede que las luces no estuviesen bien colocadas. El jefe de porteros decía que no les pasaba nada, pero muchas veces proyectaban formas en las escaleras por las que subía Seth y éste tenía la impresión de que unos miembros puntiagudos estaban a punto de aparecer al otro lado del recodo de la escalera. A veces incluso llegaba a convencerse de que había oído un roce de tela y el sonido de unos pies que se aproximaban con paso decidido. Sólo que nunca aparecía nadie, y nunca había nadie allí arriba al doblar la esquina.

Pero los ruidos del apartamento dieciséis eran más alarmantes que cualquier sombra.

Porque durante las primeras horas del amanecer, en una zona exclusiva y apartada de Londres como aquélla, hay pocas cosas que puedan competir con el silencio de la noche. Alrededor de Barrington House, el laberinto de calles que se extiende más allá de Knightsbridge Road tiende a permanecer en calma. De vez en cuando, en el exterior, pasa un coche alrededor de Lowndes Square. O, en el interior, el portero de noche se da cuenta de que las luces eléctricas de las zonas comunes zumban como insectos con las negras cabezas pegadas al inhóspito cristal. Pero en las horas que discurren entre la una y las cinco de la mañana, los residentes duermen. En el interior no se oye otra cosa que los sonidos ambientales.

Y el número dieciséis estaba desocupado. El jefe de porteros le había dicho en una ocasión que llevaba así más de cincuenta años. Pero por cuarta noche consecutiva, algo en el piso había llamado la atención de Seth. Un ruido sordo detrás de la puerta, contra la puerta. Algo a lo que, hasta entonces, no había prestado atención, considerándolo uno de tantos ruidos en un edificio viejo. Un edificio que llevaba más de cien años en pie. Algo movido por las corrientes de aire. Una cosa así. Sólo que aquella noche era insistente. Más fuerte que nunca. Parecía... decidido. Como si hubiera crecido. Parecía dirigido a él y preparado para que coincidiera con su paso, normalmente despreocupado, hacia el siguiente rellano, en esas horas en las que baja la temperatura del cuerpo y muere la mayoría de la gente. Unas horas en las que a él, el portero de noche, le pagaban por hacer la ronda por nueve pisos y por los anti-quísimos rellanos de cada uno de ellos. La cosa nunca había llegado al punto de convertirse en una repentina erupción de ruido como aquélla.

Un traqueteo de madera sobre el suelo de mármol, como si en el vestíbulo del piso alguien hubiera empujado a un lado una silla o una mesita. Como si se hubiera caído, quizá, e incluso roto. Algo que no tendría que haberse oído a ninguna hora en un edificio tan respetable como Barrington House.

Nervioso, siguió mirando la puerta, como si estuviera esperando que se abriera en cualquier momento. Su mirada estaba clavada en el número 16 de bronce, tan bruñido que casi parecía hecho de

oro blanco. No se atrevía ni a parpadear, por si al cerrar los ojos aparecía de repente la fuente de aquella conmoción. Una imagen que quizá no pudiese soportar. Se preguntó si sus piernas tendrían la fuerza necesaria para bajar ocho tramos de escalera a toda velocidad. Quizá perseguido por algo.

Acalló aquel pensamiento. Un pequeño atisbo de vergüenza caldeó el frío dejado a su paso por aquel terror repentino. Era un hombre de treinta y un años, no un niño. De metro ochenta y vigilante profesional. Y no es que pensara que tendría que hacer otra cosa que servir como presencia tranquilizadora cuando aceptó el empleo. Pero aquello tenía que investigarlo.

Hizo un esfuerzo por acallar el martilleo del corazón en sus oídos, se acercó a la puerta y colocó la oreja izquierda a escasos centímetros de la boca del buzón para escuchar. Silencio.

Sus dedos se movieron hacia la boca del buzón. Si se arrodillaba y empujaba la pestaña de cobre hacia dentro, se colaría la suficiente luz del pasillo para iluminar parte del vestíbulo al otro lado de la puerta.

Pero ¿y si algo le devolvía la mirada desde allí?

Su mano se detuvo y luego se apartó.

Nadie tenía permiso para entrar en el dieciséis, una norma que le había dejado claro el jefe de porteros cuando comenzó a trabajar en el turno de noche, seis meses antes. Este tipo de instrucciones no eran inusuales en los edificios de apartamentos de Knightsbridge. Una persona corriente que hubiera ganado un premio de cuantía media en la lotería habría tenido dificultades para permitirse un apartamento en Barrington House. Aquellos pisos de tres dormitorios nunca se vendían por menos de un millón de libras, al que había que añadir otras once mil anuales en concepto de comunidad. Muchos de los residentes llenaban los apartamentos de antigüedades. Otros eran tan celosos de su privacidad como criminales de guerra, y poseían trituradoras de papel cuyos residuos debían llevarse luego los porteros en bolsas de basura. La misma prohibición de acceso se hacía extensiva a otros cinco apartamentos vacíos en el edificio. Pero durante sus rondas, Seth no había oído ruidos en ninguno de ellos.

Puede que hubieran dado permiso a alguien para alojarse en el apartamento y uno de los porteros de día se hubiera olvidado de hacerlo constar en el libro de inquilinos. No era muy probable, puesto que los dos, Piotr y Jorge, lo habían mirado con incredulidad la primera vez que mencionó el asunto, durante el cambio de turno de la mañana. Lo que sólo dejaba una explicación plausible teniendo en cuenta la hora que era: un intruso se había colado desde el exterior.

Pero un intruso habría tenido que ayudarse desde el exterior del edificio con una escalera. Seth había hecho la ronda por la entrada hacía menos de diez minutos y no había visto ninguna escalera. Siempre podía ir a despertar a Stephen, el jefe de porteros, y pedirle que le abriera la puerta. Pero la idea de molestarlo a aquellas horas no lo atraía en absoluto. La mujer de su jefe era inválida. Sus cuidados le ocupaban casi todo el tiempo libre de que disponía, y eso lo dejaba exhausto al cabo del día.

Se apoyó sobre una rodilla, abrió la boca del buzón y escudriñó la oscuridad. Una corriente de aire frío chocó contra su rostro, acompañada por una fragancia que le resultaba familiar: un olor a alcanfor que le recordaba el gigantesco armario de su abuela, que para él había sido como una cabaña secreta de niño, y un aroma no muy distinto al de las salas de lectura de las bibliotecas universitarias o los museos construidos en la época victoriana. Un vestigio de viejos residentes y antigüedad que sugería ausencia de inquilinos y no su presencia.

La tenue luz que se coló entre su cabeza y sus hombros iluminó una pequeña sección del vestíbulo del piso. Pudo vislumbrar el contorno impreciso de una mesita para el teléfono junto a una pared, una puerta apenas visible a mano derecha y unos pocos metros de suelo con baldosas de mármol blanco y negro. El resto del espacio estaba sumido en sombras o en la oscuridad total.

Entornó los ojos para protegerse del molesto aire que soplaba contra su cara y trató de ver más. No lo consiguió. Pero lo que oyó hizo que se le pusieran los pelos de punta.

En la penumbra que trataba de penetrar con los ojos se oía algo que parecía sugerir que estaban arrastrando una cosa muy pesada al

otro extremo del pasillo, un bulto grande envuelto en unas sábanas o tendido sobre una alfombra de gran tamaño, algo que se alejaba a pequeños y agotadores tirones de la estrecha franja de luz que había aparecido junto a la puerta principal. A medida que se adentraban cada vez más en los confines del apartamento, los sonidos fueron apagándose hasta cesar al fin.

Seth se preguntó si debía alzar la voz y lanzar una advertencia a la oscuridad, pero fue incapaz de reunir las fuerzas necesarias para abrir la boca. En aquel momento lo embargaba con total claridad la sensación de que lo estaban observando desde allí dentro. Y esa repentina sensación de vulnerabilidad provocó en él el deseo de cerrar la boca del buzón, incorporarse y marcharse de allí.

Titubeó. No era fácil pensar con claridad. Estaba cansado. Agotado hasta la médula, torpe y confuso, incluso un poco paranoico. Tenía treinta y un años, pero el trabajo en los turnos de noche lo hacía sentir como si fueran ochenta y uno. Indicios evidentes de falta de sueño, comunes a todos los trabajadores nocturnos. Pero en toda su vida, jamás había tenido alucinaciones. Así que tenía que haber alguien dentro del apartamento dieciséis.

—Dios...

Se abrió una puerta. Dentro. En la zona oscura que no alcanzaba a ver. A mitad del pasillo, más o menos. La puerta hizo un clic y, con un chirrido, completó su trayectoria hasta chocar contra la pared.

Seth no se movió ni parpadeó. Se limitó a quedarse mirando y a esperar la llegada de algo desde la oscuridad.

Pero no hubo otra cosa que expectación, y silencio.

Aunque no una ausencia total de sonido, no durante mucho tiempo. Al cabo de un momento comenzó a oír algo. Algo tenue pero cada vez más próximo, como si estuviera acercándose a su rostro.

Ese algo creció en el interior silencioso y oscuro del piso. Una especie de rumor parecido al que se producía al acercarse al oído caracolas de gran tamaño. Algo que sugería la presencia de vientos lejanos. Tuvo la sensación de que al otro lado de la puerta se abrían grandes distancias. Hacia abajo. Donde no podía ver absolutamente nada.

La corriente de aire se hizo más densa junto a su cara. Como si arrastrara algo consigo. Dentro de sí. La insinuación de una voz. Una voz que sonaba como si estuviera moviéndose en círculos a kilómetros de allí. No, había más de una, eran varias voces. Pero los gritos eran tan lejanos que no se podía entender lo que decían.

Apartó el rostro de la puerta mientras su mente trataba de dar con una explicación. ¿Habría una ventana abierta en alguna parte? ¿Podía haber una radio encendida, o una televisión con el volumen muy bajo? Imposible, el apartamento estaba vacío.

El viento se acercaba rápidamente y las voces sonaban cada vez con más fuerza. Estaban adquiriendo un extraño predominio en el movimiento del aire. Y aunque no terminaban de definirse, su tono era cada vez más claro y estaba empezando a provocarle una gran intranquilidad en primer lugar, y luego espanto.

Eran los gritos de gente aterrorizada. Alguien estaba chillando. ¿Una mujer? No, no podía ser. Ahora que estaba más cerca sonaba como un animal, como un babuino que había visto una vez en el zoológico y que rugía enseñando unas encías negras y unos colmillos largos y amarillentos detrás de unos labios de color escarlata.

Entonces el grito fue reemplazado por un coro de gemidos que, a pesar de su desdicha y desesperación, parecían competir en el frío viento. Una voz histérica, avasalladora en su pánico, bajó en picado sobre las demás y las dominó, obligándolas a retirarse como si las arrastrara una rápida marea, hasta que Seth casi pudo oír lo que decía la recién llegada.

Soltó la boca del buzón y entonces se hizo un inmediato y profundo silencio.

Mientras se ponía en pie y retrocedía unos pasos trató de recomponer sus pensamientos. Desorientado por el martilleo de su pulso, se limpió la humedad de la frente con la manga del jersey, y se dio cuenta de que tenía la boca tan seca como si hubiera estado respirando polvo.

Un deseo desesperado de abandonar el edificio lo invadió. De volver a su casa y tumbarse en la cama. De poner fin a las sensaciones extrañas y la violenta sucesión de impresiones que acompañaban a la falta de sueño. Porque eso era todo, seguro.

Bajó corriendo de dos en dos las escaleras del ala oeste hasta la recepción. Pasó rápidamente junto a la mesa del conserje y salió del edificio por la puerta principal. Una vez fuera, se detuvo sobre la acera, levantó la mirada y contó los balcones de piedra blanca hasta llegar al piso octavo.

Todas las ventanas estaban cerradas. No abiertas, ni siquiera entreabiertas, sino cerradas a cal y canto en el interior de los marcos blancos, a lo que se unía además, en el caso del apartamento dieciséis, la protección adicional de unas gruesas cortinas, echadas día y noche para mantener a raya a Londres y al mundo.

Pero se le puso la piel de gallina por debajo del cabello, porque aún podía oír, sobre él o quizá dentro de su cabeza, casi inaudibles, el viento lejano y el clamor de unas voces irreconocibles, como si las hubiera arrastrado hasta allí abajo consigo.

Apryl fue directamente al edificio desde el aeropuerto. No fue difícil de encontrar: desde Heathrow, la línea azul marino de Picadilly llevaba a la estación de Knightsbridge.

El impulso de la turba humana que la rodeaba la transportó por las escaleras hasta que finalmente salió a la acera con su mochila. Había pasado tanto tiempo en el metro que la penetrante luz la hizo entrecerrar los párpados. Pero si el mapa estaba en lo cierto, aquello era Knightsbridge Road. Se sumó al avance de la multitud.

Zarandeada desde atrás y luego empujada a un lado por un fuerte codazo, en un primer momento no consiguió moverse al compás de la extraña ciudad. Se sentía irrelevante y muy pequeña. Cosa que la hacía sentirse humillada y furiosa a un tiempo.

Atravesó lentamente la estrecha acera y se refugió en el portal de una tienda. Con las articulaciones de las rodillas entumecidas y el cuerpo frío y mojado por debajo de la chaqueta de cuero y la camisa a cuadros que llevaba, se tomó unos segundos de descanso mientras observaba cómo se dividía, competía y rompía delante de ella el tráfico humano, con Hyde Park como telón de fondo; un paisaje pictórico que se disolvía en la neblina de la lejanía.

No era fácil concentrarse en uno de los edificios, rostros o escaparates que la rodeaban, porque Londres estaba en constante movimiento alrededor de cada elemento estático. Miles de personas marchaban calle arriba y calle abajo y la atravesaban cada vez que

los autobuses azules, las furgonetas blancas, los camiones de reparto y los coches frenaban aunque sólo fuera un instante. Quería mirarlo todo al mismo tiempo, conocerlo, y comprender el lugar que cada cosa ocupaba, pero la tremenda energía que desprendía la calle comenzaba a aturdir la capacidad de procesamiento de su cerebro y le hacía entornar la mirada como si su mente ya se hubiera rendido y no pensase en otra cosa que en echarse a dormir.

Consultó el mapa de su guía y volvió a repasar la corta y sencilla ruta hasta Barrington House por centésima vez desde que partiera de Nueva York, ocho horas antes. Lo único que tenía que hacer era bajar por Sloane Street y luego doblar hacia la izquierda para entrar en Lowndes Square. Un taxi no la habría dejado mucho más cerca que el metro. El edificio de su tía abuela estaba en algún lugar cerca de la plaza. Se trataba sólo, pues, de seguir los números hasta la puerta correcta. Una buena noticia, que la inundó de alivio. La frustración de tener que buscar los carteles y deducir en qué sentido estaba avanzando en calles como aquella habría sido paralizante.

Pero tendría que descansar dentro de poco. La idea de visitar Londres y ver qué era lo que su tía abuela Lillian les había dejado a su madre y a ella llevaba más de una semana sin dejarla dormir, y en el vuelo no había podido más que echarse una pequeñísima siesta. Sin embargo, ¿cómo podía aspirar una mente a descansar en un lugar como aquél?

El corto paseo entre la estación y Lowndes Square confirmó sus sospechas de que su tía no había sido una indigente. En el mapa, el hecho de que el vecindario estuviera tan cerca de Buckingham Palace, de Belgravia con todas sus embajadas, y de Harrods, los grandes almacenes de los que había oído hablar en casa, inducía a pensar que el lugar en el que su tía abuela había pasado los últimos sesenta años de su vida no era ninguna barriada infecta. Pero ni siquiera esta constatación la había preparado para su primer encuentro con Knightsbridge: los edificios altos y blancos, de ventanas alargadas y barandillas negras; la plétora de flamantes coches de lujo aparcados junto a la acera; las delgadas y rubias chicas inglesas de marcado acento, tacones altos y bolsos de mano de diseño,

comparados con los cuales su mochila parecía un inmundo harapo. Entre su chaqueta de motero, sus pantalones remangados, sus Converse y aquella cabellera negra peinada a lo Bettie Page, sentía que la tensión de la incomodidad le hacía inclinar la cabeza hacia adelante con la vergüenza y la timidez de quien no se encuentra en su sitio.

Al menos no había demasiada gente en Lowndes Square para verla en aquel estado: un par de mujeres árabes que se bajaban de un Mercedes plateado y una chica rusa, alta y rubia, que hablaba con tono de furia a un teléfono que llevaba pegado al oído. Tras la batalla campal de Knightsbridge Road, la elegancia de la plaza resultaba tranquilizadora. Los edificios de apartamentos y los hoteles formaban un rectángulo grácil e ininterrumpido alrededor del largo parque ovalado que ocupaba su centro, donde podían verse unos árboles achaparrados y parterres de flores vacíos por detrás de las barandillas. La armonía natural de las señoriales construcciones infundía paz al ambiente y amortiguaba los ruidos por todas partes.

«Increíble.» ¿Su madre y ella poseían ahora un apartamento en aquel lugar? Al menos hasta que logran venderlo por una fortuna. Un pensamiento que le provocó un momentáneo acceso de irritación. Quería vivir en aquel lugar. Su tía abuela lo había hecho durante más de sesenta años y Apryl podía entender por qué. Era un lugar clásico, impecable, que exudaba con toda naturalidad un aire de dilatada historia. Podía imaginarse los rostros educados e indiferentes de mayordomos detrás de cada una de las puertas. En aquel lugar debía de vivir gente de la aristocracia. Y diplomáticos. Y multimillonarios. Personas que no se parecían en nada a su madre y a ella.

—Joder, mamá, no te lo vas a creer —dijo en voz alta.

Sólo había visto una foto de la tía abuela Lillian, cuando era una niña. Vestida con un curioso traje blanco idéntico al de su hermana mayor, la abuela de Apryl, Marylin. En aquella fotografía, Lillian cogía a su hermana mayor de la mano. Estaban juntas, con sendas sonrisas forzadas, en el patio de su casa de Nueva Jersey. Pero Lillian y Marylin estaban más unidas en aquel momento de lo que

lo estarían jamás. Lillian se trasladó a la ciudad durante la guerra para trabajar como secretaria para el ejército de EE.UU. Allí conoció a un inglés, un piloto, con el que contrajo matrimonio. Nunca volvió a casa.

Lillian y la abuela Marilyn debían de haberse escrito, porque Lillian se enteró del nacimiento de Apryl. Cuando era pequeña, solía enviarle tarjetas de felicitación el día de su cumpleaños. Con bonitos billetes ingleses dentro. Papeles realmente coloridos, con retratos de reyes, duques, batallas y Dios sabe qué más. Y unas marcas al agua que, cuando sostenías los billetes delante de una luz, te hacían creer que eran mágicos. Ella siempre los conservaba en lugar de cambiarlos por dólares, que comparados con ellos parecían dinero de juguete. Siempre le hacían sentir deseos de visitar Inglaterra. Y allí estaba al fin, por primera vez.

Pero Lillian había dejado de escribirles mucho tiempo atrás. Incluso las felicitaciones de Navidad dejaron de llegar antes de que Apryl cumpliera los diez años. Su madre estaba demasiado ocupada criándola sin ayuda como para averiguar la razón. Y cuando la abuela Marilyn murió, su madre escribió a Lillian a la dirección de Barrington House, pero no recibió respuesta. Así que asumieron que había muerto también, allí en Inglaterra, donde había llevado una vida de la que no sabían nada, y que la tenue conexión con esa parte de la familia se había cortado para siempre.

Hasta dos meses antes, cuando un bufete especializado en testamentarías les escribió para informarles de que, tras el «triste fallecimiento de Lillian Archer» sus últimas parientes con vida habían recibido una herencia. Su madre y ella aún estaban aturdidas. Una muerte, acontecida ocho semanas antes, que las había convertido en herederas de un apartamento en Londres. En Knightsbridge, nada menos. Justo donde ella se encontraba en aquel momento, a la entrada de Barrington House: el gran edificio blanco que se levantaba solemnemente al pie de la plaza. Esbelto, con sus muchos pisos dignificados por la solidez de la piedra blanca y atemperado en su clasicismo por los finos ornamentos *art-déco* que rodeaban los marcos de las ventanas. Un lugar tan bien proporcionado y tan orgulloso que Apryl no podía por menos que sentirse intimidada

frente a la enorme entrada, con sus puertas de cristal enmarcadas en bronce, sus cestas de flores y sus columnas ornamentales a ambos lados de la escalinata de mármol.

—Imposible.

Más allá de su reflejo sobre el cristal prístino de la puerta principal podía ver un pasillo largo y alfombrado con una gran mesa de recepción al otro extremo. Y detrás de ésta le pareció entrever a dos hombres de cabello pulcramente recortado, con sendos chalecos plateados.

—Oh, mierda.

Se rió para sí. Embargada por una sensación de ridículo, como si su vulgar existencia se hubiera transformado de repente en una fantasía cinematográfica, comprobó la dirección en los documentos que le había dado el abogado: una carta, con un contrato y una escritura que debía presentar para que le entregaran las llaves. Las llaves de aquello.

No cabía duda. Aquél era el lugar. Su lugar.

La figura volvía a estar allí, observando a Seth desde el otro lado de la calle. Esta vez se encontraba en el bordillo, entre dos coches aparcados, y no agazapada en la entrada de una tienda ni observándolo desde una bocacalle, como en las tres ocasiones anteriores.

Muy cerca ahora, sin ocultarse, la pequeña criatura parecía más segura de sí misma. Sin acusar la presencia de la lluvia que la golpeaba de costado, se limitaba a mirar fijamente. A mirarlo a él.

Seth creía que era un niño, pero no podía estar seguro. A pesar de que ya no tenía la cabeza inclinada, en el interior de la capucha de la sucia trenca no se podía ver ninguna cara. Sólo era un niño, entonces, que andaba perdiendo el tiempo por ahí en lugar de ir al colegio, donde tendría que haber estado a aquella hora cualquier niño cuyos padres se preocuparan por él. Y justo enfrente de la calle en la que se encontraba el pub Green Man, donde Seth vivía en una habitación de alquiler.

Así que era posible que el niño sólo estuviera esperando a que su padre o su madre salieran del bar. Pero la atención de la figura estaba centrada en él, como si hubiera estado esperándolo. Y había estado en aquel mismo tramo de Essex Road las tres últimas tardes, cuando él salía para dirigirse al trabajo.

Era un niño realmente insólito: embutido de la cabeza a los pies en la trenca de apagado color caqui. ¿O era gris? No era fácil distinguir el color de la tela contra aquel fondo oscuro, ni tampoco

el mojado forro de piel de color plata bajo el rojizo cartel manchado del restaurante de pollo frito para llevar. Era uno de esos viejos chaquetones con capucha forrada. Ni siquiera sabía que todavía los fabricaran.

Los pantalones también eran de tela oscura. No los vaqueros holgados ni los de chándal que llevan casi todos los críos ahora, sino unos pantalones de verdad. Con un aire escolar. Demasiado largos, como los que se heredan de los hermanos mayores en las familias pobres. Y complementados por unos zapatos negros de suela gruesa. Hacía mucho tiempo que no veía nada parecido, desde que iba a la escuela primaria, y eso había sido a comienzos de los setenta.

Por lo general, cuando paseaba por Londres hacía lo que podía por ignorar a la gente de las calles, y se cuidaba especialmente de evitar las miradas de cualquier joven que anduviera por el mismo trecho que él. Muchos de ellos habían estado bebiendo y Seth sabía lo que podía provocar una mirada. En aquella zona campaban a sus anchas. Habían adquirido demasiado pronto los privilegios de la condición adulta, y llevaban tanto tiempo jugando a su versión de la madurez que habían logrado erradicar de su interior todo rastro de juventud genuina. Pero aquél era distinto. Apartado de los demás por su vulnerabilidad, su aislamiento. Le recordaba su propia juventud y se sentía atraído hacia él por un sentimiento de piedad. Todos los recuerdos de su infancia eran dolorosos y estaban presididos por un terror a los matones que aún podía saborear como si fuera ozono, y por una rápida punzada de desolación que aún perduraba veinte años después del divorcio de sus padres.

Pero lo que más sorprendía a Seth era la curiosa e inesperada sensación que lo embargaba siempre justo antes de ver a aquel extraño y vigilante niño. La mera presencia de aquella figura proyectaba una fuerza tal que al verla había reaccionado con un leve respingo y una confusión momentánea, como si de repente una voz se hubiera dirigido a él o una mano lo hubiera agarrado inesperadamente en medio de una multitud. No era una sensación totalmente insólita, pero sí lo suficiente como para sobresaltarlo. Para despertarlo. Pero antes de que la sensación pudiera terminar de for-

marse en su mente, el momento pasaba. Y el niño desaparecía con él. Nunca se quedaba mucho. Lo justo para que supiera que lo estaba vigilando.

Pero no aquella tarde. La figura encapuchada seguía en el bordillo.

Seth entornó la mirada y volvió la cabeza hacia la figura, convencido de que su atención obligaría a que apartase la cabeza encapuchada por incomodidad. No funcionó. No se movió ni un milímetro. La figura del abrigo mantuvo la calma y continuó observándolo desde el interior del óvalo oscuro formado por el sucio nylon forrado de piel. Llevaba tanto tiempo en la misma posición que parecía que fuese un elemento decorativo de la calle, una escultura ajena al paso de la gente que caminaba a su lado. Y nadie salvo él parecía fijarse en ella.

Al cabo de unos instantes, la situación comenzó a tornarse casi íntima. Parecía inevitable hablar. Mientras Seth trataba de pensar en algo que pudiera gritarle al chaval desde el otro lado de la calle, la puerta del pub se abrió detrás de él.

Una serie de ruidos turbadores le llegaron desde el interior del local. Alguien gritó «¡coño!», una silla chirrió violentamente sobre el suelo de madera, unas bolas de billar entrechocaron, hubo un aparatoso estallido de carcajadas y una amortiguada canción de amor se alzó desde la gramola, como para calmar los demás sonidos. Seth se volvió hacia la puerta brillante y anaranjada. Pero nadie entró ni salió, y los sonidos sólo duraron lo que tardó la puerta en volver a cerrarse por sí sola. Todo se fue apagando hasta que las cálidas y ruidosas entrañas del pub quedaron de nuevo totalmente aisladas del exterior.

Cuando volvió de nuevo la mirada hacia la calle, la figura había desaparecido. Bajó a la calzada y la recorrió de arriba abajo con la mirada. No había ni rastro del chico de la trenca.

El Green Man era el último edificio victoriano que quedaba en la esquina de un barrio en cierto estado de abandono. La basura de las calles empobrecía el carácter que le conferían la construcción

en ladrillo y los contrafuertes. Los mugrientos ventanales de las calles, que habían sobrevivido a los bombardeos alemanes y, al parecer, llevaban décadas sin limpiarse, apenas dejaban ver nada del establecimiento, aparte de una serie de carteles pegados en su cara interior. Había un anuncio de Guinness, que Seth recordaba de los tiempos de su adolescencia. Ahora, la Guinness de la jarra había perdido color hasta quedar teñida de un verde lima, como un regaliz chupado. Otros anuncios de futuras atracciones, como *Quiz Night* y *Sky Football: Big Screen TV*, sólo conservaban el brillo y los colores allí donde la lluvia había teñido las ventanas.

Llevaba viviendo el tiempo suficiente en aquel lugar como para saber algo sobre los clientes y la realidad del Green Man. Algunos de ellos eran antiguos dueños de puestos ya retirados, pero que aún hacían negocios en el establecimiento, y hablaban con un acento del East End tan marcado que uno sentía la tentación de considerarlo impostado. Había víctimas de convenios laborales tan míseros como el suyo, que se bebían sus modestos salarios desde la apertura hasta el cierre o se dedicaban a jugar a las tragaperras. Los huecos entre ellos en la oscuridad los ocupaba un surtido de personajes variopintos, posicionados como centinelas de guardia. Esta última subcultura no era comparable a ninguna otra, al menos que Seth conociera. Representaban nuevas modalidades de la disfunción provocadas por tragedias personales, enfermedades mentales y abuso del alcohol. ¿Cuánto tardaría él en sucumbir del todo? Algunos días no estaba seguro de no haberlo hecho ya.

Rendido por haberse despertado entrada la mañana tras apenas unas horas de sueño, se sacudió de encima los efectos residuales de la mirada fija del niño y se aproximó a la puerta del pub. Le tocaba pagar el alquiler: setenta libras a la semana. Pasó sobre unos excrementos de perro y entró en el bar.

Su visión empezó a dar saltos, como si marchara sobre los hombros de alguien que fuera al trote. Le pareció que sólo obtenía impresiones fugaces del lugar: una estampa de ojos amarillos, costados espumosos de vasos de una pinta, paquetes de cigarrillos Lambert y Butler, el rostro de un zorro malvado detrás de un vaso, una hilera de botellas de champán detrás de unas telarañas auténticas, un

techo de nicotina, una mesa de billar, un perrillo de pelo erizado junto a una bolsa abierta de cortezas de cerdo, una camiseta del Arsenal y una mujer que había sido bonita, con unos ojos aún atractivos pero, sobre todo, arteros. Varias cabezas se volvieron hacia él y luego apartaron la mirada.

Seth saludó con un gesto a Quin, que era quien trabajaba aquel día en el bar. La cabeza de Quin tenía aspecto de haber recibido un hachazo alguna vez. La herida, que discurría desde el cráneo blanco y pelado hasta una frente rosada, aún tenía el brillo del tejido cicatrizado. Quin le devolvió el gesto sin sonreír. Se apoyó en la barra para coger el dinero de Seth.

—Hay un chaval... —empezó.

Quin entornó la mirada y sus gafas ascendieron por el puente de su nariz.

—¿Eh?

La música estaba muy alta y alguien con unas mejillas que parecían trozos de carne enlatada estaba gritando al otro lado de la barra cuadrada.

—Hay un chaval ahí fuera. Vigilando el lugar. ¿Lo has visto?

—¿Eh?

—Un chaval. Ahí parado, junto a la calle. Está mirando fijamente el pub. Sólo quería saber si lo habías visto.

Quin le lanzó una mirada que parecía decir que sus palabras confirmaban algo que llevaba tiempo sospechando. «Se le ha ido un poco la pinza a éste. Ahí arriba, siempre solo. Sin novia. Sin amigos.» Se encogió de hombros y se volvió para guardar el alquiler de Seth en el cajón.

Seth se sentía ridículo. Se dispuso a marcharse por donde había venido, pero alguien se interpuso en su camino.

—Oye, hijo. —Era Archie. Archie de Dundee, aunque llevaba más de veinte años sin ir a Dundee a ver a su mujer y sus hijos. Se encargaba de las labores de limpieza y mantenimiento de las habitaciones que había encima del pub. Aunque la ironía del asunto no se le escapaba a Seth, que sabía que Archie era el principal responsable del estado de suciedad y abandono del lugar.

Menudo y descarnado como un anciano, Archie, más que ca-

minar, parecía flotar sobre el suelo. Pero aún poseía una increíble mata de cabello grisáceo, recortada con la forma de casco sajón. Su rostro, arrugado y cubierto por un fino rastrojo de barba, le confería un aire de abuelo compasivo. Además, a Archie siempre lo llamaba «hijo», aunque sólo porque era incapaz de recordar su nombre.

—¿Tienes tabaco por ahí? —le preguntó.

Seth asintió.

—Claro. —Le dio un arrugado paquete de Old Holborn, con un último manojo de tabaco en el fondo.

Archie sonrió.

—Pero qué majo eres, hijo. —Le quedaba un solo diente, un incisivo en la mandíbula inferior, del que Seth nunca era capaz de apartar la mirada. Al igual que de la cinta adhesiva con la que mantenía los gruesos cristales de las gafas dentro de la montura de plástico—. Estoy sin blanca. No cobro hasta el martes —añadió mientras miraba su botín con una sonrisa.

—Oye, Archie, ¿has visto el chaval que anda merodeando por el exterior del bar? Lleva un abrigo con capucha.

Ahora que ya tenía su tabaco, Archie había perdido interés en la conversación. Además, estaba borracho y tenía que concentrarse para liar el pitillo. Seth salió al porche, introdujo la llave en la cerradura y subió la oscura escalera que llevaba a las habitaciones sobre el local.

En el primer tramo de la escalera, los rodapiés estaban pintados de color rojo sangre. Sobre las paredes, un papel blanco decorado con racimos de uva se había descolorido y despegado a lo largo de las juntas. En algunos sitios lo habían arrancado a grandes tiras y se podía ver el yeso de la pared.

En el oscuro descansillo del primer piso, Seth se orientó gracias a la luz que salía de la cocina comunitaria. Podía oler los posavasos de tela en la lavadora. Alguien había frito beicon hacía poco sobre el antiguo hornillo de gas y la grasa se había enfriado. El olor se mezclaba con el de la basura orgánica, lo que significaba que Ar-

chie no había bajado las bolsas aún. Había ratones allí, pero ratas todavía no.

Frente a la cocina se encontraba el baño. La mitad superior de la puerta era de cristal esmerilado, pero no lo bastante opaco como para ofrecer privacidad. Seth encendió la luz y se asomó para comprobar si habían arreglado la ducha que había junto al retrete. No era así.

—Coño —maldijo, antes de preguntarse cuándo dejaría de comprobar los progresos de las reparaciones. Treinta y un años, con dos diplomaturas de arte a su nombre, y se veía reducido a lavarse el cuerpo entero en una pila.

Subió el segundo tramo de escalera para dirigirse a su cuarto. El pasamanos era del mismo color siniestro que los rodapiés del resto del edificio, pero el dibujo y el color de la alfombra había cambiado tres veces para cuando llegó al segundo piso. Allí vivía con otros dos tipos con los que nunca había hablado. En aquel lugar, la falta de luz natural y eléctrica sumía a Seth en el olvido.

—¡Mierda! —Se golpeó contra algo afilado con una rodilla. Sacudió un brazo en el aire mientras movía la otra mano por una pared hasta dar con un interruptor cuya montura de plástico agrietada revelaba que alguien lo había golpeado en una ocasión con excesiva fuerza. Todas las luces tenían temporizadores. El gran botón circular activaba la desnuda bombilla que colgaba del techo.

El pasillo que unía las tres habitaciones, cada una de ellas con su puerta roja, parecía aún más sombrío y abarrotado a causa de los muebles apilados contra las paredes. Aquello era una auténtica ratonera por la que él tenía que pasar a diario. Apretó el paso para llegar a su cuarto antes de que se apagaran las luces, y tuvo que pasar sobre los restos rotos de un sofá abandonado. Al llegar a la puerta de su cuarto, el pasillo volvía a estar a oscuras. Pulsó el interruptor más próximo para disfrutar de otros cinco segundos de luz mientras buscaba la llave. Al cruzar el umbral de su habitación, regresó la oscuridad y lo engulló todo tras él.

En su primer día en el Green Man, doce meses antes, fue Archie quien le enseñó el cuarto. No se quedó allí demasiado tiempo, porque él había sido el encargado de preparar el lugar para el nuevo inquilino. Ninguno de los dos marcos de las ventanas tenían visillos, y sólo la de la izquierda tenía unas cortinas de tela, del mismo color que los patrones para vestidos que aparecen en los ejemplares de *Wooman 's Weekly* que sobreviven décadas en las salas de espera de las consultas. La ventana de guillotina de la derecha estaba desencajada en un lado del marco.

—Joder —dijo Seth, horrorizado e incrédulo.

Pero Archie se limitó a parpadear.

En el lado de la habitación opuesto a las ventanas, la colcha de la cama de matrimonio exhibía con distinción unas rayas tipo Auschwitz y unas manchas dignas de una violación en grupo. A modo de mobiliario, dos armarios roperos destartados y un pequeño armarito junto a la cama. Cubierto todavía de cercos de jarras y maquillaje, añadía al lugar un toque femenino ligeramente tranquilizador.

Junto a la mesita de noche había un solitario radiador, pintado de amarillo y recubierto de manchas oscuras. Sangre seca. Nunca había sido capaz de librarse de las manchas, y en una ocasión le preguntó a Archie quién había sido su predecesor. A lo que éste había respondido enarcando las cejas y diciendo:

—Lassy. Una chica encantadora. Tenía problemas con su novio. Estaban siempre dale que te pego toda la noche. —Disfrutaba realmente de su condición de narrador de historias—. Antes de ella hubo un tío realmente raro. Tan callado como tú. Pero cuando vino la policía, se lo encontró con su ahijada y con una amiga de ella.

La habitación entera olía como una de esas alfombras que llevan años guardadas en el garaje. Pero al menos estaba seca.

Después de eso no hizo demasiados cambios. Sólo llevó sus cosas y recogió algunos cristales rotos de la alfombra. El ruinoso estado de la habitación convertía en una pérdida de tiempo cualquier intento de mejorar las cosas. Y ahora, los montones de revistas y periódicos dominicales que guardaba hacían que pareciera abarro-

tada y vacía al mismo tiempo. La desesperación lo había llevado hasta allí. La desesperación lo mantenía allí.

Durante su primera noche en el lugar recordaba haber sentido una combinación de lástima de sí mismo, abandono y un terror que habría llegado a ser asfixiante de haber dejado que fuera a más. Pero no podía permitirse otra cosa tras mudarse a Londres sin otro patrimonio que veinte cuadros que nadie quería. Como la habitación tenía grandes ventanales orientados al sur, se dijo que sería un gran estudio. A la antigua.

Cerró la puerta del dormitorio y echó la llave. Los otros inquilinos se emborrachaban con frecuencia y luego se dedicaban a merodear por el pasillo. Nunca podía relajarse del todo hasta que la puerta estaba bien cerrada. Dejó la bolsa en la cama y encendió la tetera. Luego volvió a apagarla y abrió la nevera, al acordarse de que todavía le quedaba una de las latas de cerveza del paquete de cuatro que había comprado el día anterior.

Se sentó en el borde de la cama y miró de reojo las cajas de cartón aún apiladas en una esquina de la habitación. Todo su material de pintura seguía allí, acumulando polvo en un rincón. Los cuadros estaban en bolsas de plástico, guardados dentro del armario. No había hecho ni un mal esbozo en seis meses, y comenzaba a preguntarse si el deseo creador lo había abandonado finalmente o algún día podría volver a dedicarse a ello.

Sin molestarse en sacar un vaso, bebió directamente de la lata. Pensó en prepararse un sándwich, pero ahora que se había sentido estaba demasiado cansado para volver a moverse. Sin quitarse el abrigo, se tendió directamente sobre la colcha y siguió tomándose la bebida fría a sorbitos. Había llegado la hora de cambiar. Al día siguiente tenía que empezar. Tomar una decisión sobre su futuro.

Consultó su reloj: las cuatro en punto. Tenía que irse a trabajar a las cinco y media. Pensó que después de una siestecita se sentiría mejor, así que dejó la lata en el suelo, se acurrucó de lado y cerró los doloridos ojos. Y soñó con un sitio en el que no lo habían encerrado desde los once años.

La puerta de la estancia estaba hecha de barrotes de hierro cubiertos completamente de pintura negra. En lugar de ventanas había dos arcos, uno a cada lado. También éstos estaban cerrados con barrotes verticales. La cámara no tenía más entradas.

La pared trasera, las dos de los lados y el techo que completaban la sala rectangular eran de piedra blanca sin pintar. Las baldosas de mármol que pisaban los pies de Seth eran frías y duras. Allí dentro siempre tenía que estar saltando de un pie a otro. Se sentía como si las plantas de los pies se le hubieran puesto azules y se fueran a quedar así.

La cámara, con sus apenas cinco metros cuadrados, no tenía decoración alguna. Ni tampoco mobiliario. No había donde sentarse. El frío hacía que le doliera la espalda, pero el suelo estaba demasiado helado como para apoyar en él las nalgas desnudas.

Del suelo colgaba una luz suspendida de una cadena de bronce. La bombilla estaba alojada en el interior de un farolillo de cristal cuadrado, como una de esas lámparas antiguas que llevaban los carruajes de caballos en el exterior. Despedía una brillante luz amarilla todo el día y toda la noche. Siempre intentaba calentarse las manos en la pantalla, pero cada vez que alargaba los brazos y tocaba el cristal, estaba frío.

Al otro lado de la puerta cerrada se podía ver un bosque de hoja caduca: húmedo, denso y agreste. El follaje era de un verde muy oscuro y el cielo sobre las copas de los árboles más altos parecía bajo y gris. Tres amplios peldaños bajaban desde la cámara a la larga franja de césped que rodeaba la fachada de la estructura antes de llegar a los árboles. Un viento frío se colaba entre los barrotes de hierro.

Su mundo había quedado reducido a unos pocos colores.

Estaba dentro de aquel lugar porque había permitido que lo llevaran hasta allí y lo encerraran. Aquello era lo único que sabía. Aparte de eso, albergaba vagos recuerdos sobre visitas de su familia, tiempo atrás. Sus padres habían venido juntos a verlo. Su padre parecía decepcionado con él. Su madre, preocupada, aunque intentaba que no se le notara. En otra ocasión vino su hermana con su marido. Se quedaron al fondo de la escalinata y su cuñado hizo chistes estúpidos para que se sintiera mejor. Seth mantuvo una expresión

sonriente en el rostro hasta que empezó a dolerle. Su hermana habló poco. Parecía tenerle miedo, como si ya no lo reconociera.

Les dijo a todos que estaba bien, pero no era capaz de contarle a nadie lo que sentía en realidad sobre su cautiverio en la extraña cámara de piedra; era incapaz de explicárselo a sí mismo. Cuando desaparecieron, se le hizo un nudo en la garganta.

Confuso, traicionado por su memoria, ignoraba cuánto tiempo llevaba dentro de la cámara de piedra y por qué razón concreta lo habían encerrado allí. Lo que sí sabía era que permanecería allí eternamente, siempre helado, siempre hambriento, incapaz de sentarse, saltando de un pie a otro, atormentado.

Lo mismo podría haberse encontrado en un trasatlántico de pasajeros de lujo, un *Titanic* o un *Lusitania*. Por dentro, Barrington House era como un plató diseñado para una película ambientada en alta mar durante el periodo de entreguerras fotografiada en cobre y en sepia.

Un poco aturdida aún, siguió al alto jefe de porteros, Stephen, a través de la recepción y el ala este. A lo largo de pasillos con papel de seda en las paredes, teñidos de marrones dorados por las luces de lámparas de cristal tramado, en medio del peculiar olor de la tradición. No era exactamente un ambiente eclesial, pero casi: madera y metales bruñidos, flores frescas y la fragancia de cosas preciosas y preservadas pero insuficientemente ventiladas, como un museo viejo y privado que nunca se hubiera abierto al público.

Stephen iba hablando mientras caminaba delante de ella.

—Hay cuarenta apartamentos entre los dos bloques, con el jardín en medio, que proporciona luz a la parte trasera de los pisos. Al principio es un poco confuso, pero si piensa en una enorme forma de L, con las calles en la parte exterior, en seguida comenzará a orientarse. Hay veinte plazas de aparcamiento bajo el edificio, pero me temo que ninguna de ellas corresponde al piso de su tía.

—No pasa nada, tampoco tengo coche. Y la novedad del metro aún no ha perdido su interés.

El jefe de porteros sonrió.

–Pues lo hará, señora, lo hará.

–Apryl. Llámame Apryl. Así parece que tenga ciento noventa años.

–Pues podría ser que llegase a esa edad. Su tía murió con ochenta y cuatro años.

–Tía abuela. Era la hermana de mi abuela.

–Una edad muy estimable, aun así. –Hizo una pausa y volvió la cabeza–. Aunque siento mucho su pérdida... Apryl.

–Gracias. Pero no llegué a conocerla. Aun así es triste, sí. Era la última de esa rama de mi familia. No sabíamos que siguiera con vida. Ni que este lugar fuera tan... vaya, como es. O sea, es espectacular. No somos ricos. No podríamos permitirnos ni la comunidad. Es casi lo que gano yo en un año. Así que no me quedaré mucho tiempo.

A ojo de buen cubero, cuando finalmente logran vender el piso, ni su madre ni ella tendrían que trabajar durante mucho tiempo, si es que tenían que volver a hacerlo. Serían ricas. La mera palabra parecía incongruente, aplicada a ellas. Pero no había nadie más que pudiera reclamar la herencia. Lillian había muerto sin hijos, y la madre de Apryl, al igual que ésta, era hija única. Punto final. Y si ella, con sus veintiocho años, no hacía algo por remediarlo, la familia Beckford se extinguiría a su muerte. La última solterona.

–Es todo como un cuento de hadas. Mamá se va a morir cuando le hable de este sitio. O sea, con porteros y todo lo demás. Podría llegar a acostumbrarme a esto.

Stephen esbozó una sonrisa diplomática pero distante. Parecía cansado, pero también preocupado por algo, y no precisamente por los tatuajes que asomaban por debajo de las mangas de la camisa de la chica. Reflejados en el espejo del ascensor parecían las páginas abiertas de un cómic.

–¿Así que no llegó a conocer a su tía Lillian? –preguntó con voz cautelosa, como si estuviera sopesando algo embarazoso que tendría que contarle en algún momento.

–No. Mi madre la recuerda, más o menos, aunque no demasiado. Y Lillian tampoco tenía mucho trato con la abuela Marilyn. Se separaron durante la guerra. Cosa que, como hija única, nunca

he entendido. Me habría encantado tener una hermana. Creíamos que Lillian había muerto hace años. Mi abuela falleció hace quince. Y mi madre estaba demasiado ocupada criándome como para preocuparse por buscarla. Yo era bastante complicada. —Parloteaba en exceso y era consciente de ello, pero estaba demasiado emocionada como para que le importara.

Stephen se mordió el labio inferior y luego suspiró.

—Su tía abuela no estaba demasiado bien, Apryl, me temo. Era una mujer encantadora. Muy amable. Y no sólo lo digo yo. Aquí todo el mundo le tenía mucho cariño. Pero era ya mayor y su salud mental venía deteriorándose hacía tiempo. Al menos los diez años que llevo trabajando aquí, y mi antecesor también decía lo mismo. Hace años que empezamos a servirle las comidas en casa, y una enfermera la visitaba todas las semanas. La dirección hacía efectivos sus cheques y pagaba las facturas en su nombre.

—No tenía ni idea. Suena como si fuéramos unas brujas.

—No pretendía insinuar nada. En esta parte de la ciudad es muy habitual. Algunas personas cortan los vínculos con sus familias. Se aíslan. El dinero puede provocar esas cosas. Pero el estado de Lillian iba de mal en peor. Sobre todo los últimos años, antes de su fallecimiento. La verdad es que no tendría que haber estado aquí. Pero ésta era su casa y todos, tanto los porteros como las chicas de la limpieza, poníamos nuestro grano de arena para que pudiera quedarse.

—Es muy amable por su parte.

—Oh, no es nada. Sólo hacíamos lo básico, como ir a comprarle lo que necesitaba. Pero siempre nos preocupaba que pudiera sufrir una caída o... —Hizo una pausa para aclararse la garganta—... perderse.

—¿No tenía amigos?

—No que yo sepa. Ni una sola visita desde que estoy aquí. Verá... —Hizo una pausa y apretó los labios—. Era bastante excéntrica. No se me ocurre un modo más diplomático de expresarlo y no quisiera faltarle al respeto. —Parecía bastante incómodo al decirlo. Incluso bajó la voz. Pero lo que quería decir era que estaba loca.

Pero Apryl quería saberlo todo sobre la tía abuela que les había legado a su madre y a ella un auténtico tesoro inmobiliario en Lon-

dres. Cuando se vendiera, se encargaría de recompensar a quienes se habían preocupado por hacerle un poco más fáciles sus últimos años a la anciana señora. Su madre no se opondría. Seguro que también se sentía culpable. Como ella en aquel momento. Aunque no tenían por qué. No había sido una negligencia consciente por su parte: Lillian sólo era una pariente lejana que vivía al otro lado del planeta.

—¿Se acuerda de su marido? ¿Reginald? —preguntó Apryl—. Creo que fue piloto durante la guerra.

Stephen apartó la mirada y sus ojos azul claro revolotearon alrededor de la cabeza de la muchacha, como si estuvieran inspeccionando las luces del ascensor, que eran tenues y proyectaban una sombra oscura y desagradable sobre los paneles de caoba y los apliques de bronce.

—Mmm, no. Falleció antes de que yo empezara a trabajar aquí. Pero me atrevería a aventurar que su muerte afectó mucho a la pobre mujer.

—¿Por qué lo dice?

Pero en ese momento el ascensor se detuvo con un silbido seguido por un chasquido. Las puertas se abrieron y Stephen se apresuró a salir al pasillo.

Lo siguió al rellano. El suelo estaba cubierto por una alfombra verde oscuro y la decoración de las paredes era del mismo tono discreto que los pasillos de la zona comunitaria del piso de abajo. Había un radiador frente al ascensor, dentro de un armazón ornamental que parecía una tumba victoriana. Sobre él brillaba un espejo amplio de marco dorado y a cada lado del hueco subían y bajaban sendas escaleras. En las paredes colgaban grabados elegantemente enmarcados. A cada lado del rellano había una puerta de madera con el número en bronce.

—Bueno, aquí estamos. Número treinta y nueve. Justo en la cima. Por desgracia, la calefacción no funciona muy bien aquí, así que coloqué unos radiadores portátiles en el dormitorio de Lillian y en la cocina, las únicas habitaciones que utilizaba, que yo recuerde. Los necesitaré en algún momento.

—Claro. —Apryl observó la parte trasera de la pulcra cabeza pla-

teada de Stephen mientras éste, con un tintineo del llavero que colgaba de su bolsillo, buscaba la llave correcta. Bajo el brillante chaleco gris se adivinaba la fuerza de sus hombros. Exudaba el aire de un antiguo militar, el tipo de autoridad que, imaginaba ella, complacía a los residentes. Su tía abuela debía de haberse sentido segura con él cerca.

—Me temo que está un poco desordenado. La señora no quería una doncella y no dejaba que nadie tocara nada. Dudo que tirara nada en sesenta años. En cualquier caso, aquí están las llaves. Tenemos otro juego en la caja fuerte, abajo. Es lo normal para casos de emergencia. Ahora tengo que dejarla. Vienen los de las antenas a ver las parabólicas del tejado. Pero si necesita algo, sólo tiene que llamar a recepción. Piotr está en el mostrador hasta las seis y media y luego empieza su turno Seth, el portero de noche. Yo estoy aquí la mayor parte del día, todos los días. Puede llamar a recepción desde el teléfono de la cocina. Sólo tiene que descolgar el aparato y se conecta directamente.

La miró a los ojos. Probablemente fuera consciente de que no quería quedarse sola en el apartamento.

—Me temo que tiene trabajo por delante, Apryl. Dudo que hayan limpiado en años. Y es el único piso que aún conserva el baño original. Si quiere venderlo, tiene mucho que hacer. Quizá se imponga una renovación completa, si espera conseguir el precio que vale.

La dejó junto a la puerta abierta y bajó las escaleras al trote.

Las persianas debían de estar echadas, porque a pesar de que Stephen había encendido la luz de la entrada, poco se veía aparte de un vestíbulo sucio y abarrotado, salido de una época diferente.

La mera idea de entrar la hacía sentir vulnerable y culpable a la vez, como si fuese una intrusa. Y los residuos del tiempo no parecían dispuestos a permanecer dentro de aquellas paredes. Incluso desde el descansillo, el lugar olía a vejez. Auténtica vejez. Como el dormitorio de su abuela en Jersey, que tampoco había sufrido alteración alguna desde los años cuarenta. Pero este olor era mil veces más intenso. Como si las ventanas no se hubieran abierto nunca y todo lo que había allí dentro fuese antiguo, descolorido y polvo-

riente. Un pasado reacio a desaparecer. Como el resto del lugar, para ser sincera, ahora que se había disipado la emoción provocada por la primera impresión. Escaleras sombrías y pasillos en penumbra. Era como retroceder en el tiempo. Puede que a los inquilinos les gustara así. Un ambiente tradicional o algo por el estilo.

Introdujo la cabeza en el piso y sintió el absurdo impulso de decir en voz alta el nombre de su tía. Porque, curiosamente, el lugar no parecía vacío.

El jefe de porteros no estaba exagerando. Lillian había estado recluida en su propia casa. El vestíbulo estaba a reventar de periódicos viejos y revistas antiguas amontonados y metidos en bolsas de plástico llenas hasta los topes. Apryl examinó la más cercana al perchero. Estaba atiborrada de correo publicitario, coloridas intrusiones del mundo moderno que no tenían nada que hacer allí, pero por alguna razón se habían conservado, cautivas.

Bajo las suelas de sus botas la alfombra crujía. Con las débiles luces del vestíbulo encendidas, y a pesar de las incontables polillas muertas que contenían las pantallas de cristal, pudo ver en aquel momento que la alfombra estaba desgastada hasta la trama. Lo que en su día fuese un complejo patrón de rojos y verdes, se había convertido en un color parecido al de la paja comprimida, sobre todo en el centro, desgastado por los pies de su tía abuela.

El mobiliario del vestíbulo era de indiscutible antigüedad. Patas de madera brillante y oscura asomaban en medio de montones de periódicos amarillentos. Los cojines bordados de las sillas estaban parcialmente ocultos bajo listines telefónicos descoloridos. Por todas partes se vislumbraban la madera tallada, las incrustaciones de madreperla y el cristal esmerilado con intrincados ornamentos en medio de las bolsas de basura, como humillados por el entorno. Apryl no tenía grandes conocimientos de historia, pero incluso ella sabía que habían dejado de hacer armarios, relojes y sillas como aquéllos en los años cuarenta. Y de no haber sido por los montones de basura y las paredes manchadas, puede que el apartamento hubiese parecido elegante. O puede que no.

El papel de las paredes había sido en su día sedoso y de color beige, con unas rayas plateadas que lo recorrían en vertical, pero ahora estaba casi todo amarillento y cubierto de manchas marrones en los sitios donde la humedad se había secado, cerca de los paneles de madera sucios y por encima de los rodapiés. Bajo las yemas de sus dedos, las paredes parecían cubiertas de alguna clase de vello, como el pelaje desgastado de un animal disecado.

En la cocina había un suelo de linóleo amarillo agrietado y un perímetro de antiguos electrodomésticos esmaltados. De las paredes colgaban unos armaritos de madera oscura pintados en su día de una tonalidad amarilla que ahora, descolorida, recordaba al marfil. Los quemadores de gas de la cocina estaban cubiertos de polvo y la pila, seca como un sarmiento. Sólo la superficie de la encimera mostraba algún indicio de uso. Había rayas dejadas por un cuchillo sobre la tabla de cortar y migas en la cesta del pan. De la mesa de la cocina asomaba el respaldo de una solitaria silla provista de un cojín a cuadros.

Las escasas evidencias de las actividades domésticas de su tía abuela le provocaron un repentino acceso de tristeza que la recorrió de arriba abajo. Pero fue la imagen de la tetera de plata sobre la bandeja decorada con aves de las islas Británicas, junto a un paquete abierto de galletitas de limón en la mesa, lo que hizo que se le formara un nudo en la garganta. Pensó que se iba a echar a llorar.

Había una solitaria taza de porcelana junto a la tetera, un colador, un azucarero y una cajita para el té. El borde dorado de la taza, posiblemente la última de un juego, estaba desportillado. Quizá fuese un regalo de bodas de cuando Reginald y ella se casaron. Apryl tocó el asa, pero no fue capaz de levantar el frágil recipiente. Era la taza de Lillian, la taza en la que tomaba el té. Allí sola, en su cocina, en aquella mesita junto al cubo de plástico de tapa oscilante, rodeada por las reliquias de casi cien años de vida en el mundo, Apryl sorbió por la nariz para reprimir las lágrimas. Podía entender por qué los ricos se encerraban en complejos para jubilados en Florida, donde paseaban en carritos de golf ataviados con polos. Pero ¿qué sentido tenía el dinero si uno acababa viviendo de aquel modo?

Se secó los ojos.

—Podrías haber venido a vivir con nosotras.

En los armarios de las paredes encontró una variopinta colección de vajilla: tres juegos de platos de porcelana, todos ellos incompletos y combinados ahora en una incongruente mezcla de dibujos. Había también algunas cazuelas y sartenes viejas. Dudaba que las hubieran utilizado desde hacía años, salvo una que tenía un cerco de leche reseca por dentro. Y aparte de tres latas de sopa y unos paquetes de galletitas dulces, no había nada de comer. En la nevera encontró una botella de plástico con leche cortada. Su tía abuela había conseguido llegar hasta los ochenta y cuatro con una alimentación a base de té, galletitas y sopa.

Stephen le había dicho que no habían tocado nada desde la muerte de Lillian. ¿Y cómo había sido, por cierto? ¿Había sucedido allí?

Se quitó la mochila de la espalda y la dejó apoyada en la mesa de la cocina. No lograba sacudirse de encima la sensación de que era una intrusa en la casa de una desconocida. Ya comenzaba a contemplar con temor la idea de dormir allí. ¿Habría sábanas limpias? ¿Había muerto su tía en la cama? De repente la invadió el deseo de llamar a Stephen y no dejarlo marchar hasta haberse enterado de todo.

Logró calmarse con un ejercicio de voluntad. Estaba cansada, emocionada y con los nervios a flor de piel. No se esperaba nada de aquello. Sólo tenía que recordar que se trataba de una gran oportunidad. Algo totalmente extraordinario, distinto a cualquier otra cosa que le hubiera pasado nunca.

Pero cuando abrió la puerta del salón, su determinación volvió a desmoronarse. No logró avanzar más de dos pasos. ¿Por qué no le había hablado Stephen de las flores? Todas aquellas flores muertas... El empinado montón de tallos marrones y pétalos marchitos que se levantaba desde la alfombra hasta el alféizar del gran ventanal que daba a Lowndes Square. Le recordaban a los ramos de flores de las tumbas que, abandonados, se marchitaban y se iban desmoronando hasta perder todo el color. Al ver tantas flores consumidas y tantas hojas muertas bajo aquella luz delicada y parda,

sintió que un punzante escalofrío ascendía por su columna vertebral y luego avanzaba siseando por la base de su cráneo. Harían falta años para conseguir algo así. Un montículo como aquél, construido flor a flor. Todas rosas, a juzgar por el color de los pocos pétalos de la parte superior, que conservaban aún una tonalidad tan oscura como el vino. Tras ellas, las cortinas grises con adornos dorados trenzados estaban corridas.

Encendió la luz de la habitación para poder investigar mejor las flores y ver los cuadros de las paredes, pero la estancia seguía tan en penumbra que pensó que sería mejor abrir las persianas. Pero al inclinarse por encima de las flores y tratar de separar las cortinas se dio cuenta de que estaban cosidas. Retrocedió lentamente un paso desde las ventanas y se quedó mirando los pulcros nudos de hilo rojo que unían los bordes de las cortinas de manera permanente.

—Pero ¿qué coño...?

Sola y loca, la tía abuela Lillian había cosido sus cortinas, antes de levantar ante ellas ofrendas florales que cubrían la mitad de la sala. Se volvió para mirar a su alrededor. La habitación no tenía muebles y el suelo seguía cubierto de polvo, pero en las esquinas donde se encontraban las paredes no había telarañas, así que todavía se podían ver las fotografías. Todas las paredes estaban cubiertas, desde la altura de su cintura hasta el techo, de fotografías en blanco y negro dentro de marcos antiguos. Y todas ellas mostraban a una misma pareja. Hasta la última.

Apuesto, con el fino bigote a lo Douglas Fairbanks junior y el cabello peinado con fijador a ambos lados de una raya, vio a su tío abuelo Reginald por primera vez en su vida.

Sus ojos eran oscuros e inteligentes. Y risueños. Bastó con mirarlo para que la hiciera sonreír. Siempre aparecía vestido con traje y corbata, o con unos pantalones holgados de color plateado y una camisa blanca abierta a la altura del cuello. En una de las fotos estaba sentado en una silla de mimbre y tenía tumbado a los pies un pequeño terrier. Su fuerte mano izquierda solía sostener una pipa. El marido de Lillian: un hombre junto al que siempre posaba orgullosa, pegada a él, agarrada a su codo o con una mano sobre su

hombro. Como si no quisiera dejarlo ir. Como si lo amara tanto que sin él se volvería loca.

Y Lillian había sido una mujer muy hermosa. Como una estrella del cine de los años cuarenta, de grandes ojos castaños y una marcada estructura ósea que era poco frecuente en aquellos tiempos. Siempre elegante, llevara una blusa, un traje de cóctel hasta las rodillas o un vestido de noche que se ensortijaba alrededor de los tacones blancos de sus flamantes zapatos. Pero lo que más afectó a Apryl fue el modo en que se miraban. Algo así no se podía fingir. De repente, el triste, pardo y enmohecido espacio por el que Lillian había vagado, soñado y merodeado como alma en pena durante sesenta años cobró mayor sentido. Allí habían vivido dos personas que nunca tendrían que haberse separado. Y el lugar seguía de luto, porque la viuda tenía el corazón roto. Quizá loca con una pena que nunca desaparecía. ¿Todavía había gente a la que se le partía el corazón de ese modo?

Sabía que Reginald había muerto a finales de los cuarenta. Tras servir en la RAF y sobrevivir a peligros que ella ni siquiera alcanzaba a comprender, aquel feliz y apuesto caballero, con una preciosa y joven esposa, había muerto de repente. No conocía los detalles, pero su abuela le había contado a su madre que fue después de la guerra. Eso era lo único que sabían. Un esbozo de historia transmitido oralmente de una anciana solitaria a otra, y luego a ella. Pero los vestigios de la vida de Lillian colgaban de las paredes a su alrededor, por todas partes, y en las bolsas abarrotadas del vestíbulo y en cualquier otra cosa que Apryl pudiera encontrar en los tres dormitorios y en el salón. ¿Y no había dicho algo Stephen sobre una caja fuerte situada en el sótano?

Su plan original era organizar una venta rápida del piso y disponer de las posesiones de Lillian en dos semanas o menos. Pero ya no quería hacerlo. Quería quedarse allí y descubrir las vidas de su tía abuela y de su marido. Quería examinar, considerar, recolectar y preservar. Aquello no era basura. Significaba algo para Lillian. Lo había significado todo.

Tenía que haber cartas. Puede que un diario. Tendría que cribar y descartar como una arqueóloga al tiempo que trataba con agentes

inmobiliarios y se hacía cargo del papeleo. Trabajar de prisa y, con suerte, puede que visitar un poco Londres. Pero Lillian tenía preferencia. Y si eso significaba gastarse el resto de sus ahorros y dejar el trabajo que tenía en casa, pues que así fuera. Descubriría todo lo que se pudiera descubrir sobre su tía abuela.